

Nana se convirtió desde entonces en una mujer distinguida, sentida de la necesidad y de los malos instintos de los hombres, marquesa de los altos boulevares.

Fué un salto brusco y definitivo, una ascension en la celebridad de la galantería, entrando de lleno en las locuras del dinero y en las audacias derrochadoras de la belleza. Fué inmediatamente la primera entre las más caras.

Sus fotografías se ostentaban en los escaparates, y se la citaba en los periódicos. Cuando pasaba en coche sobre los boulevares, la muchedumbre se volvía y la nombraba con la emocion de un pueblo que saluda á su reina; miéntas que, familiar, reclinada entre sus flotantes adornos, sonreía con un aire alegre, bajo la lluvia de pequeños rizos rubios que envolvían el círculo azul de sus ojos y el pintado rojo de sus labios.

Y el prodigio fué que esta muchacha gorda, tan torpe en la escena, tan dura cuando quería hacer de mujer honrada, representaba en la ciudad los papeles de dama del gran mundo sin ningun esfuerzo.

Tenía flexibilidad de culebra, vestía con cierto abandono, como involuntario, pero exquisito de elegancia, y habia en ella una distincion nerviosa de gata de raza, de aristócrata del vicio, soberbia, rebelde, poniendo el pié sobre París, como dominadora omnipotente. Ella daba el tono, y las altas damas la imitaban.

El hotel de Nana se encontraba en la avenida de Villiers,

á la esquina de la calle Cardinet, este barrio del lujo, que parece dispuesto á lanzarse en medio de los terrenos incultos de la antigua llanura Monceau.

Construido por un jóven pintor, embriagado por su primer éxito y que habia tenido que revenderlo apénas concluido, era de estilo Renacimiento, con aspecto de palacio; una fantasía de distribucion interior, comodidades modernas en un marco de gran originalidad un poco caprichosa.

El Conde Muffat habia comprado el hotel completamente amueblado, lleno de un mundo de chucherías, de hermosos tapices de Oriente, de viejos divanes de madera tallada y de grandes sillones de Luis XIII; de modo que Nana era tambien propietaria de un mobiliario artístico, elegido con gran gusto entre las diferentes épocas.

Pero como el estudio, que ocupaba el centro de la casa, no podia servirle, habia trastornado todo el hotel, dejando en el piso bajo un precioso invernadero, un gran salon y el comedor, y estableciendo en el principal un saloncito, cerca de su alcoba y de su tocador. Nana sorprendia al arquitecto con las ideas, entrando de un golpe en todos los refinamientos del lujo; era una hija del empedrado de París, que tenia el instinto de todas las elegancias. En fin, no podia decirse que echaba á perder el hotel, y aún añadió algunas riquezas al mobiliario, salvo algunas huellas de ternura cursi y de esplendor chillon, en que se veía á la antigua florista que habia soñado ante los escaparates de las tiendas.

En el patio, bajo el gran cobertizo, la airosa gradería estaba cubierta de alfombra, y se sentía ya desde el vestíbulo un olor de violeta, un aire tibio encerrado entre las espesas colgaduras.

Una gran ventana de vidrios rosados y amarillos iluminaba con la palidez rubia de la carne la larga escalera.

Abajo, un negro de madera esculpida extendía una bandeja de plata, llena de tarjetas de visita; cuatro mujeres de mármol blanco, con el seno desnudo, sostenian entre sus manos artísticas lámparas, miéntras que bronce y caprichos chinoscos llenos de flores, divanes forrados de antiguas alfombras persas, sillones de viejas tapicerías, amueblaban el vestíbulo,

adornaban los descansos de la escalera y hacian en el primer piso como una antecámara, donde se arrastraban siempre levitas y sombreros de hombre.

Las alfombras ahogaban todo ruido, reinaba el recogimiento, y se hubiera creído entrar en una capilla atravesada por un estremecimiento de devocion, y cuyo silencio detras de las cerradas puertas guardaba un misterio.

Nana no abria el gran salon, el riquísimo salon Luis XVI, sino las noches de gala, cuando se recibía á los dignatarios de las Tullerías ó á personajes extranjeros.

De ordinario bajaba simplemente á las horas de comer, y se sentía como perdida los días en que almorzaba sola en aquel azul comedor, muy dorado, adornado de tapices de los Gobelines, y lleno de viejas porcelanas y de maravillosas piezas de orfebrería antigua.

Nana volvía á subir inmediatamente; sólo estaba bien en el primer piso, en sus tres piezas, la alcoba, el gabinete y el saloncito.

Ya en dos ocasiones habia rehecho la alcoba; la primera de raso malva, y la segunda de seda azul con encajes, y todavía no estaba satisfecha; encontraba esto soso, buscando otra cosa, sin que le ocurriera nada á su gusto.

Habria como unos veinte mil francos de punto de Venecia en el lecho festoneado, bajo como un sofá.

Los muebles eran de laca blanca y azul, incrustada de filetes de plata; por todas partes se veían pieles de oso blanco, tan numerosas, que cubrian la alfombra; un capricho, un refinamiento de Nana, que no habia podido perder la costumbre de sentarse en tierra para quitarse los bajos.

Al lado de la alcoba, el saloncito ofrecía una mezcla pintoresca, de un arte exquisito; en contraste con las colgaduras de seda rosa pálido, un rosa turco marchito, bordado de hilos de oro, se destacaba un mundo de objetos de todos los paises y de todos los estilos; papeleras italianas, cajas españolas y portuquesas, pagodas chinoscas, un quitasol japonés de remate precioso, y un sinnúmero de porcelanas, bronce, sedas bordadas, tapicerías finísimas; miéntras que los sillones, largos como lechos, y los canapés, profundos como alcobas, espar-

cian allí una pereza muelle, una vida soñolienta de serrallo.

Dos estatuillas de porcelana que imitaban el mármol, una mujer en camisa buscándose las pulgas, y otra absolutamente desnuda andando sobre las manos con las piernas en el aire, manchaban el salón con una tontería original. Y por una puerta casi siempre abierta se veía el gabinete de tocador todo de mármol y espejos con la blanca pila de su baño, sus botes y sus jarritos de plata guarnecidos de cristal y de marfil.

Una persiana corrida dejaba la estancia á media luz, una luz blanquecina que parecía dormir como bañada de un perfume de violeta; ese perfume turbador de Nana, de que el hotel entero, hasta el patio, estaba saturado.

Pero la gran cuestión fué montar la casa. Nana tenía consigno á Zoé, esta mujer ligada á su fortuna, que desde hacía dos meses esperaba tranquilamente, segura de su olfato, la brusca y brillante transformación.

Ahora Zoé estaba en sus glorias, dueña absoluta del hotel y haciendo su agosto, mientras servía á la señora lo más honradamente posible. Pero una doncella no bastaba ya. Era preciso un jefe de servicio, un cochero, un portero, una cocinera.

Por otra parte, se trataba de instalar las caballerizas. Entonces Labordette le fué muy útil, encargándose de aquellas diligencias enojosas para Muffat.

Él arregló la compra de los caballos; se entendió con los constructores de coches, y señaló á la joven los proveedores que había de elegir. Hasta le trajo él mismo los criados: Carlos, un mocetón cochero que salía de casa del Duque de Corbouse; Julian, un joven jefe de servicio, muy acicalado, de aire sonriente, y un matrimonio, cuya mujer, Victorina, era cocinera, y cuyo marido, Francisco, fué admitido en calidad de portero y de recadista.

Este último, de calzon corto, empolvado, llevando la librea de Nana, de azul claro y galon de plata, recibía á los visitantes en el vestíbulo.

Tenía apostura y corrección de príncipe.

La casa estuvo totalmente montada desde el segundo mes.

El tren excedía de trescientos mil francos.

Había ocho caballos en las cuadras y cinco carruajes en las

cocheras, de entre las cuales ocupó un instante la atención del todo París un landó guarnecido de plata. Y Nana, en medio de esta fortuna, se iba haciendo su agujero. Había dejado el teatro desde la tercera representación de la *Duquesita*, abandonando á Bordenave en un gran apuro, á pesar del dinero del Conde.

Sin embargo, la joven conservaba como una amargura el recuerdo de su último fracaso artístico.

Esto venía á añadirse á la lección de Fontan, una indecencia de que hacía responsables á todos los hombres. Así ahora, decía ella con gran energía, estoy á prueba de amores caprichosos. Pero las ideas de venganza no llegaban á echar raíces en aquel casquivano cerebro de pájaro.

Lo que sí permanecía, aunque fuera de las horas de cólera, era un apetito de gastos siempre despierto, un desden natural del hombre que pagaba, un continuo capricho de insaciable derrochadora, orgullosa de la ruina de sus amantes.

En primer lugar, Nana puso al Conde sobre un buen pie.

Estableció claramente el programa de sus relaciones.

Él daba doce mil francos por mes, sin contar los regalos, y no pedía en cambio más que una fidelidad absoluta.

Ella juró la fidelidad. Pero exigió á su vez una libertad completa de ama de su casa, un respeto absoluto á su voluntad.

Así recibiría diariamente á sus amigos, el Conde vendría sólo á horas convenidas de antemano; en fin, y sobre todo, era preciso que tuviese una fe ciega en ella. Y cuando lo veía vacilar, tocado de una inquietud celosa, afectaba una gran dignidad, amenazándole con devolverlo todo, y lo juraba por la vida de su pequeño Luis.

Esto debía bastar. No había amor donde no había estimación.

A fines del primer mes Muffat la respataba.

Pero Nana quiso y obtuvo más. Muy pronto adquirió sobre él una influencia de mujer bondadosa.

Cuando llegaba mal humorado, ella le divertía y le daba consejos, después de hacerle confesar los motivos de su disgusto.

Poco á poco Nana entró en las interioridades de su hogar, de su mujer, de su hijo, de sus asuntos de corazón y de dinero, muy razonable, llena de justicia y de honradez.

Una vez sola se dejó arrebatar por la pasión: el día en que el Conde le anunció que Dagnenet iba á pedir en matrimonio á su hija Estela. Desde que el Conde había hecho publicar sus relaciones con Nana, Dagnenet creyó hábil romper con ésta, tratándola de infame y jurando arrancar á su futuro suegro de las garras de esta criatura.

Así es que la joven cortó un lindo sayo á su antiguo Mimi: era un perdis que había comido su fortuna con mujeres de la peor especie; carecía de sentido moral no se hacía dar dinero, pero se aprovechaba del dinero de los otros, pagando solamente de ramos á pascuas un *bouquet* de flores ó una comida; y como el Conde parecía excusar estas debilidades, Nana le hizo saber bruscamente que Dagnenet la había poseído, dando detalles enojosos.

Muffat se había puesto muy pálido. No había que pensar más en el joven. Esto le enseñaría á ser agradecido.

Entre tanto, no estaba aún el hotel enteramente amueblado cuando Nana, una noche en que prodigó á Muffat los pensamientos de fidelidad más enérgicos, retuvo al Conde Xavier de Vandebres, que desde hacía cinco días le venía haciendo una corte asidua de visitas y flores.

Ella cedió, no por cariño, sino más bien para probar que era libre.

La idea del interés se le ocurrió más tarde, cuando Vandebres al día siguiente la ayudó á pagar una cuenta de que no quería hablar al otro.

Desde aquel momento comenzó á sacarle de ocho á diez mil francos por mes; era un dinero para el bolsillo muy útil. Vandebres acababa entonces su fortuna en un arrebato de fiebre ardiente.

Sus caballos y Lucy le habían comido tres fincas: Nana iba á tragarse de un bocado su último castillo cerca de Amiens, y el Conde tenía como prisa de barrerlo todo, hasta los escombros de una vieja torre levantada por un Vandebres bajo Felipe Augusto, rabioso de un apetito de ruinas, encontrando

bello dejar las últimas piezas de oro de su blasón entre las manos de esta mujer, á quien deseaba todo París.

El también aceptó las condiciones de Nana; una libertad entera, ternuras en días fijos, sin incurrir en la candidez apasionada de exigir juramentos.

Muffat nada sabía. En cuanto á Vandebres, de seguro lo sabía todo; pero jamás hacía la menor alusión, y afectaba ignorarlo con su fina sonrisa de vividor escéptico, que no pide imposibles, con tal que se le reserve su hora, y que París lo sepa.

Desde entonces Nana montó realmente su casa. El personal estaba completo en las caballerizas, en las dependencias de los criados y en la cámara de la señora.

Zoé lo organizaba todo, saliendo de las complicaciones más imprevisas; y el conjunto estaba dispuesto como en un teatro, ordenado como una gran administración: verificábanse allí todas las funciones con una precisión tal, que durante los primeros meses no hubo ningún choque ni trastorno.

Únicamente la señora daba muchos disgustos á Zoé, con imprudencias, terquedades y bravatas locas.

De modo que la doncella se iba relajando poco á poco, y habíase notado, por otra parte, que sacaba más producto en las ocasiones difíciles, cuando la señora había hecho una tontería que era preciso reparar. Entonces llovían los regalos, pescándose luises en el agua turbia.

Una mañana, cuando Muffat no había aún salido de la alcoba, Zoé introdujo á un señor todo trémulo en el gabinete de tocador, donde Nana se estaba mudando la camisa.

—¡Cómo! ¡Zizi!—dijo la joven estupefacta.

Era Jorge, en efecto. Pero al verla en camisa, con sus cabellos de oro sobre sus hombros desnudos, el joven se había arrojado á su cuello, la había cogido y la besaba por todas partes. Ella se resistió espantada, ahogando su voz, balbuceando:

—¡Acaba, pues, que está allí! Esto es estúpido..... ¿Y vos, Zoé, estais loca? Llévalle abajo, yo intentaré bajar.

Zoé tuvo que arrancar de allí á Jorge. Abajo, en el comedor, cuando Nana pudo reunirseles, los reprendió á entrambos. Zoé se mordía los labios, y se retiró con el aire humillado, diciendo que había creído agradar á la señora.

Jorge miraba á Nana con tal júbilo de volver á verla, que sus hermosos ojos se llenaban de lágrimas.

Ahora los malos días habían pasado; su madre lo creía razonable, y le permitió dejar las Fondettes; así, al llegar á la estación, tomó inmediatamente un coche para abrazar más pronto á su inolvidable querida.

Hablaba de vivir en adelante cerca de ella, como allá abajo, cuando esperaba con los pies desnudos en la alcoba de la Mignote. Y en tanto que contaba su historia, adelantaba sus dedos por una necesidad de tocarla después de este cruel año de separación; se apoderaba de sus manos, escudriñando en las amplias mangas del peinador....

—¿Amas mucho á tu bebé?—preguntó con su voz de niño.

—¡Y mucho que le amo!—respondió Nana—desprendiéndose con un movimiento.—Pero tú caes sin decir alerta.... Sabes, mi pequeño, yo no soy libre. Hay que ser prudente.

Jorge, que bajó del coche con el desvanecimiento de un largo deseo, satisfecho en fin, no había visto aún el lugar en que entraba.

Entonces tuvo conciencia de un gran cambio alrededor suyo. Examinó el rico comedor con su alto techo decorado, sus Gobelinos, su aparador brillante con hermosa orfebrería.

—¡Ah! sí—dijo tristemente.

Y ella le hizo entender que no debía jamás venir por la mañana. Por las tardes, si quería, de cuatro á seis: era la hora de recibir.

Después, como el chico la mirase con aire suplicante de interrogación, Nana le besó á su vez en la frente, mostrándose muy buena.

—Sé muy prudente y yo haré lo posible—murmuró.

Pero la verdad era que esto ya no le interesaba lo más mínimo. Encontraba á Jorge muy hermoso; hubiera querido tenerle por camarada; pero nada más.

Sin embargo, cuando llegaba todos los días á las cuatro, parecía tan desgraciado, que ella acababa por ceder algunas veces, guardándole en sus armarios y dejándole recoger continuamente las migajas de su belleza.

Él no abandonaba el hotel; familiar como el falderillo Di-

jon, metido uno y otro entre las enaguas de Nana, teniendo un poco de ella aún cuando estuviese con otro, y ganando de cuando en cuando un terron de azúcar ó una caricia en las horas de hastío solitario.

Sin duda la señora Hugon supo la recaída del pequeño entre los brazos de esta mala mujer, porque vino corriendo á París, y reclamó el auxilio de su otro hijo, el subteniente Felipe, entonces de guarnición en Vincennes.

Jorge, que se escondía de su hermano mayor, se puso muy desesperado, temiendo alguna violencia; y como no podía ocultar nada, en la expansión nerviosa de su ternura, no supo ya hablar de otra cosa que de su hermano, un mocetón robusto, que se atrevía á todo.

—Mira—le decía á la joven—mamá no vendrá á tu casa en tanto que pueda enviar á Felipe á buscarme.

La primera vez Nana quedó muy ofendida, contestando secamente:

—¡Hombre, quisiera ver eso! ¡Con que venga ese subteniente y Francisco le plante á la puerta, en paz!

Después, como el muchacho volvía siempre á hablar de su hermano, acabó también por preocuparse con Felipe. Al cabo de una semana le conoció desde los pies á la cabeza, muy alto, muy vigoroso, alegre, un poco brutal; y á más de esto, detalles íntimos, velludo por los brazos, un lunar en el hombro. Llegó un día en que, completamente llena de la imagen de este hombre, á quien iba á plantar á la puerta, no pudo menos de exclamar:

—Dí, pues, Zizi, ¿con que no viene tu hermano?.... ¡Me parece que es un cobarde!

Al siguiente día, cuando Jorge se encontraba solo con Nana, Francisco subía á preguntar si la señora recibía al subteniente Felipe Hugon, y Jorge se puso muy pálido, murmurando:

—No me cabía duda; mamá me ha hablado esta mañana.

Y suplicaba á la joven que se excusara de recibirlo. Pero ella se había levantado ya toda encendida y diciendo:

—¿Por qué, pues? Creería que tengo miedo. ¡Y bien! va-

mos á reir un poco.... Francisco, dejad á ese señor un cuarto de hora en el salon. En seguida, traédmele.

No volvió á sentarse y marchaba febrilmente, yendo del espejo de la chimenea á una luna de Venecia, colgada por encima de un cofrecito italiano; y á cada minuto se echaba una ojeada, ensayando una sonrisa, mientras que Jorge, sin fuerzas sobre un canapé, temblaba y se estremecía al pensar en la escena que se preparaba. Durante su paseo, Nana dejaba escapar frases breves.

— Eso le calmará á ese muchacho; que espere un cuarto de hora.... Y despues, si cree venir á casa de una cualquiera, el salon lo va á confundir.... Sí, sí, miralo bien todo, buen hombre. Eso le enseñará á respetar la burguesía. Ya ni respeto queda entre los hombres.... ¿Pasó el cuarto de hora? No, apenas van diez minutos. ¡Oh, áun tenemos tiempo!

Estaba muy inquieta.

Trascurridos los quince minutos, despidió á Jorge, haciéndole jurar que no escucharia á la puerta, cosa muy inconveniente si lo veían los criados. Cuando pasaba á la alcoba, Zizi arriesgó con voz ahogada:

— Ya sabes, es mi hermano....

— No tengas miedo — dijo ella con dignidad; — le hablaré en el mismo tono en que me hable.

Francisco introducía á Felipe Hugon, que vestía gaban.

En un principio Jorge atravesó la alcoba con la punta de los piés para obedecer á la jóven; pero las voces le detuvieron, vacilante, tan lleno de angustia, que sus piernas desfallecian.

El jóven se imaginaba catástrofes, bofetadas, algo de abominable, que le incomodaria para siempre con Nana. Así, no pudo resistir á la necesidad de pegar su oído contra la puerta. Oía muy mal: el espesor de los portiers ahogaba los ruidos. Sin embargo, sorprendió algunas frases pronunciadas por Felipe; frases duras, en que sonaban las palabras de niño, de familia, de honor.

En la ansiedad de lo que su querida iba á responder, su corazón latía, aturdiéndole con un zumbido confuso. Seguramente ella iba á decir algunas de sus inconveniencias. Pero

nada, ni un soplo; Nana estaba como muerta allá dentro. Muy pronto tambien la voz de su hermano se dulcificó. Jorge no comprendía ya, cuando un murmullo extraño vino á colmar su estupefaccion. Era Nana, que sollozaba.

Durante un momento fué presa de sentimientos contrarios: escaparse, caer sobre Felipe.

Pero precisamente entónces Zoé entró en la alcoba, y tuvo que retirarse de la puerta, avergonzado de ser sorprendido.

La doncella tranquilamente ordenaba la ropa blanca en un armario; mientras que, mudo, inmóvil, él apoyaba la frente contra un vidrio, devorado de incertidumbre.

Por fin, despues de un gran silencio, Zoé preguntó:

— ¿Es vuestro hermano el que está con la señora?

— Sí — respondió el niño con voz de ahogo, y hubo un nuevo silencio.

— ¿Y eso os inquieta, no es así, señor Jorge?

— Sí — repitió con la misma dificultad dolorosa.

Zoé no se apresuraba. Plegó los encajes, y dijo lentamente:

— Pues no hay motivo.... La señora arreglará ese asunto.

Y esto fué todo, no hablaron más. Pero la doncella no dejaba la alcoba. Un largo cuarto de hora permaneció aún allí, sin ver la exasperacion creciente del jóven, que palidecía de agitacion y de duda.

Jorge dirigía al salon miradas oblicuas. ¿Qué podían hacer durante tan largo tiempo? Acaso Nana continuaria llorando. ¡Puede que el bárbaro le hubiese dado pescozones!

Así, cuando Zoé se marchó en fin, corrió á la puerta, pegando de nuevo su oído.

Y quedó trastornado, la cabeza decididamente perdida, porque escuchaba una brusca algazara, voces tiernas en cariñoso cuchicheo, risas ahogadas de mujer á quien hacen cosquillas.

Poco despues Nana acompañó á Felipe hasta la escalera con un cambio de palabras cordiales y familiares.

Cuando Jorge se atrevió á entrar en el salon, la jóven, en pie delante del espejo, se examinaba.

— ¿Y bien? — preguntó él atontado.

— ¿Y bien, qué? — dijo Nana sin volverse. Despues negligentemente:

—¿Cómo decías tú? Si es muy amable tu hermano.

—¿Entonces está eso arreglado?

—Seguramente, muy arreglado.... ¡Ah, qué asustado estás!

¿Crees que íbamos á batirnos?

Jorge no comprendía del todo. Despues balbuceó:

—Me habia parecido oír.... ¿Tú no has llorado?

—¡Llorado yo!—gritó ella mirándole fijamente.—Tú sueñas.

¿Por qué quieres que haya llorado?

Jorge queria saber más aún.

—Entonces, mi hermano....

—Tu hermano ha visto inmediatamente dónde se encontraba.... Ya comprendes; yo hubiera podido ser una mujerzuela, en cuyo caso se explicaba su intervencion á causa de tu edad y del honor de tu familia. ¡Oh! yo comprendo estos sentimientos.... Pero una simple ojeada le ha bastado, y se condujo como un hombre de mundo.... Así, no te inquietes más; todo ha concluido, fué á tranquilizar á su mamá.

Y continuó riendo:

—Ademas, vas á ver á tu hermano aquí.... Le he invitado, y volverá....

—¡Ah! volverá—dijo el jóven palideciendo.

Jorge no añadió nada; no se habló más de Felipe. La jóven se vestía para salir, y le miraba con sus grandes ojos tristes.

Sin duda estaba muy contento de que las cosas se hubiesen arreglado, porque hubiese preferido la muerte á una ruptura; pero en el fondo sentía una angustia lenta, un dolor profundo que no conocía y de que no se atrevía á hablar.

No supo jamas de qué modo tranquilizó Felipe á su madre.

A los tres dias la anciana regresaba á las Fondettes con aire satisfecho.

Aquella misma noche, en casa de Nana, se sintió estremecer cuando Francisco anunció al subteniente.

Éste, muy decididor, lo tomó á broma, tratándole como á un galopin á quien habia protegido en una calaverada que no podia tener consecuencias.

Él seguía con el corazon oprimido, sin atreverse á menearse, sintiendo rubores de niña á la palabra más insignificante.

Habia vivido poco en la intimidad de Felipe, que le llevaba

diez años, y le causaba igual temor que un padre á quien se ocultan las historias de amores. Así, experimentaba una vergüenza llena de malestar al verle tan libremente al lado de Nana, riendo muy alto, sumido en el placer, con su magnífica salud. Sin embargo, como su hermano no tardó en presentarse todos los dias, Jorge se fué acostumbrando poco á poco.

Nana resplandecía.

Era como el sello de su instalacion en el gran mundo galante, la coronacion insolente de su nueva vida en un hotel que reventaba de hombres y de muebles.

Una tarde en que los hermanos Hugon se encontraban allí, llegó el Conde Muffat fuera de las horas ordinarias. Pero habiéndole respondido Zoé que la señora tenia amigos en el salon, se retiró sin querer entrar, afectando una discrecion de hombre galante.

Cuando reapareció por la noche, Nana le acogió con la fria cólera de mujer ultrajada.

—Caballero—dijo—yo no os he dado ningun motivo para que me insulteis.... ¿Oís? Cuando esté en mi casa, os ruego que entreis como todo el mundo.

El Conde quedó con la boca abierta.

—Pero, querida....—comenzó, tratando de explicarse.

—¡Porque tenia visitas, acaso! Sí, habia aquí hombres. ¿Qué creéis que estoy haciendo con esos hombres?.... ¡Se deshonra una mujer tomando tales aires de amante discreto, y yo no quiero ser deshonrada, yo!

Le costó trabajo obtener su perdon.

En el fondo estaba encantado.

Con semejantes escenas le tenía sumiso y convencido.

Desde largo tiempo le habia impuesto á Jorge, un pilluelo que la divertía mucho, segun afirmaba. Despues le hizo comer con Felipe, y el Conde se mostró amabilísimo; al levantarse de la mesa, tomó aparte al jóven y le preguntó noticias de su madre.

Desde entonces los hijos Hugon, Vandeubres y Muffat fueron abiertamente de la casa, donde se estrechaban la mano como íntimos. Esto era más cómodo.

Sólo Muffat ponía cierta discreción en venir demasiado á menudo, conservando el tono ceremonioso de un extraño en visita.

Por la noche, cuando Nana, sentada en el pavimento, sobre sus pieles de oso, se quitaba sus enaguas, el Conde hablaba amistosamente de estos señores, de Felipe sobre todo, que era la lealtad misma.

—Sí, es mucha verdad—decía la jóven, mudándose la camisa.—Sólo que, como puedes suponer, ellos ven que yo..... Pero á la primer palabra los plantaría á todos á la puerta.

Sin embargo, con todo su lujo, en medio de esta córte, Nana se aburría hasta reventar. Tenía hombres para todos los minutos de la noche, y dinero hasta en los cajones de su tocador, mezclado con las brochas y los peines; pero esto no la contentaba; sentía como un vacío en alguna parte, un agujero que la hacía bostezar. Su vida se arrastraba ociosa, teniendo siempre las mismas horas monótonas un día y otro día. El mañana no existía para ella; vivía mano sobre mano, segura de comer y de que no había de faltarle nada; certidumbre que la hacía tenderse á la larga días enteros, adormecida en el fondo de esta ociosidad y de esta sumisión de convento, como encerrada en su oficio de entretenida. Como no salía más que en coche, perdió hasta el uso de sus piernas. Recobraba sus gustos de pilluela; besaba á Dijon desde la mañana hasta la noche; mataba el tiempo con placeres estúpidos, en su única espera del hombre á quien sufría con latitud complaciente; y en medio de este abandono de sí misma, apenas conservaba más que el cuidado de su belleza, un cuidado continuo de examinarse, de lavarse, de perfumarse por todas partes, con el orgullo de poder mostrarse desnuda en todos los instantes y ante quien quiera que fuere, sin tener que avergonzarse por ello.

Nana se levantaba á las diez.

Dijon, el perrillo escocés, la despertaba lamiéndole la cara; y entonces había un juego de cinco minutos, corriendo el perrillo por sus brazos y sus hombros, de lo cual, por cierto, se ofendía el Conde Muffat.

Dijon fué el primer hombrecillo de quien tuvo celos.

No era decente que un animalejo metiese de aquel modo la nariz bajo las sábanas.

Después Nana pasaba á su tocador, donde se daba un baño.

Hacia las once, Francisco venía á arreglarle los cabellos, en tanto que llegaba el complicadísimo peinado de la tarde.

Al almuerzo, odiando el comer sola, tenía casi siempre á la señora Maloir, que llegaba por la mañana, de lo desconocido, con sus sombreros extravagantes, y se marchaba por la tarde, hundiéndose otra vez en el misterio de su vida, de la que, por otra parte, nadie se inquietaba.

Pero las horas más duras eran las que mediaban entre el almuerzo y la *toilette*.

De ordinario proponía una partida de *écarté* á su amiga; otras veces leía el *Figaro*, cuyos ecos teatrales y noticias del gran mundo le interesaban; hasta se le ocurría en ocasiones abrir un libro, porque alardeaba de aficiones literarias.

En su *toilette* se ocupaba hasta cerca de las cinco.

Solamente entonces solía despertar de su larga soñolencia, saliendo en carruaje ó recibiendo en su casa á toda una cohorte de hombres, comiendo á menudo fuera, acostándose tarde para levantarse al siguiente día con la misma fatiga, y comenzar de nuevo en días eternamente semejantes.

Su gran distracción era ir á Batignolles, á ver á su Luisito en casa de su tía.

Durante algunas semanas llegaba á olvidarle, y después aquello era un frenesí: Nana corría á pié, llena de una modestia y de una ternura de buena madre, llevando varios regalos, tabaco para la tía, naranjas y bizcochos para el niño, ó bien iba en su landó, al volver del bosque, con trajes cuyo brillo amotinaba la solitaria calle.

Desde que su sobrina estaba en la cúspide de las grandezas, la señora Lerat no cabía en sí de vanidad.

Rara vez se presentaba en la avenida Villiers, afectando decir que no era aquél su sitio; pero en cambio triunfaba en su calle, dichosa cuando la jóven venía con vestidos de cuatro ó cinco mil francos, empleando todo el día siguiente en enseñar sus regalos y en citar cifras que dejaban estupefactos á los vecinos.

Lo más á menudo, Nana reservaba sus domingos para la familia, y estos días, si Muffat la invitaba, solía rehusar con la sonrisa de una pequeña burguesa: no podía ser; comía con su tía, iba á ver á su bellé.

A pesar de esto, el pobre Luisito estaba siempre enfermo. Corría hácia sus tres años; pero tuvo un eczema sobre la nuca, y ahora se formaban depósitos en sus oídos, lo que hacía temer una cáries de los huesos del cráneo.

Cuando Nana le veía tan pálido, con la sangre corrompida, con su carne blanda salpicada de manchas amarillas, se ponía muy séria, y en la expresion que tomaba su rostro habia principalmente extrañeza. ¿Qué podía tener este ángel suyo para enfermar así? ¡Ella, su madre, estaba tan buena!

Los días en que no se ocupaba en visitar á su niño, Nana volvía á caer en la monotonía ruidosa de su existencia: paseos en el bosque, primeras representaciones, comidas y cenas en la Maison-d'Or ó en el café Inglés; despues, todos los sitios públicos, todos los espectáculos en que la muchedumbre se codea: Mabilie, las revistas, las carreras. Y conservaba aún este vacío tonto, que le producía como calambres en el estómago.

A pesar de los continuos caprichos que habia tenido en el corazón, en el momento en que estaba sola estiraba los brazos con un gesto de fatiga inmensa.

La soledad la entristecía inmediatamente, porque se encontraba en ella con el vacío y el tedio de sí misma.

Muy alegre por oficio y por naturaleza, se volvía entónces lúgubre, resumiendo su vida en este grito, que le venía sin cesar entre los bostezos:

—¡Oh, cómo me fastidian los hombres!

Una tarde, al volver de un concierto, Nana notó en una acera de la calle de Montmartre una mujer que correteaba, con las botas torcidas, las enaguas sucias y un sombrero deteriorado por las lluvias.

De repente la jóven la reconoció.

—¡Parad, Carlos!—gritó al cochero.—Y llamado:

—¡Satin! ¡Satin!

Los transeuntes volvieron la cabeza; la calle entera miró.

Satin se habia aproximado, y se ensuciaba más aún contra las ruedas del coche.

—Sube, pues, hija mia —dijo Nana tranquilamente, burlándose de la gente.

Y la recogió, llevándola en su landó precioso, al lado de su traje de seda gris perla guarnecido de Chantilly, mientras que la calle sonreía de la alta dignidad del cochero.

Desde entónces Nana tuvo una pasion que la ocupó. Satin fue su vicio. Instalada en el hotel de la avenida Villiers, despues de bien lavada y vestida, durante tres días contó su San Lázaro y los fastidios con las hermanas, y esos indecentes de la policía, que la habian puesto en cartilla....

Nana se indignaba, la consolaba, juraba sacarla de allí áun cuando tuviese que ver al Ministro.

Entre tanto, no tenía por qué apresurarse, porque seguramente no la vendrían á buscar á su casa.

Y comenzaron largas siestas de ternura entre las dos mujeres, de palabras cariñosas, de besos cortados por risas. Era el mismo pequeño juego, interrumpido por la llegada de los agentes, calle de Laval, el que volvía á empezar entónces, en tono de broma.

Despues, una hermosa noche, esto se hizo serio. Nana, tan disgustada en casa de Laura, comprendia ahora. Se puso trastornada, rabiosa, tanto más, cuanto que, justamente en la mañana del cuarto día, Satin desapareció.

Nadie la habia visto salir. Se habia escapado con su traje nuevo, presa de una necesidad de aire, con la nostalgia de sus bulevares.

Este día lubo una tempestad tan ruda en el hotel, que todos los criados bajaban la cabeza sin pronunciar una palabra.

Nana estuvo á punto de pegar á Francisco, porque no se habia atravesado en la puerta.

Intentaba, sin embargo, contenerse, y trataba á Satin de indigna; esto la enseñaría á recoger semejantes basuras de medio del arroyo.

Por la tarde, como la señora se encerrase, Zoé la oyó gemir.

Por la noche pidió Nana bruscamente su carruaje, y se hizo conducir á casa de Laura.

Le habia ocurrido la idea de que hallaria á Satin en la mesa redonda de la calle de los Mártires.

No era para volver á verla: era por ponerle los cinco dedos en la cara.

En efecto, Satin comia en una mesita con la señora Robert. Al divisar á Nana se echó á reir.

Esta, herida en el corazon, no provocó ninguna escena; ántes al contrario, estuvo muy dulce y muy suave.

Pagó el champagne, emborrachó á cinco ó seis mesas, y despues se llevó á Satin miéntas la señora Robert estaba en los gabinetes.

Sólo cuando estuvieron en el coche la mordió, y la amenazó, para otra vez, con matarla.

Pero Satin hacia continuamente esta jugarreta.

Veinte veces, trágica en sus furores de mujer engañada, Nana corrió en persecucion de esta vagabunda, que se le escapaba por capricho, hastiada del bienestar del hotel.

Nana hablaba de abofetear á la señora Robert, y hasta llegó á soñar con un duelo.

Ahora, cuando comia en casa de Laura, se ponía sus diamantes, llevando á veces á Luisa Violaine, Maria Blond, Tantan Nené, todas resplandecientes, y en aquellas tres salas, entre el olor de la carne, bajo el gas amarillento, estas damas encanallaban su lujo; en tales dias Laura, muy ceñida y luciente, besaba á todas sus parroquianas con un aire de maternidad más cariñosa.

Satin, sin embargo, en medio de estas historias, conservaba su calma, con sus ojos azules y su puro rostro de vírgen.

Mordida, golpeada, importunada entre las dos mujeres, decia simplemente que esto era muy gracioso y que harian muy bien en entenderse.

Con molestarla de este modo nada conseguian; ella no podía cortarse en dos, á pesar de su buena voluntad de ser amable para todo el mundo.

Al fin, Nana fué quien triunfó, colmando á Satin de ternura y de regalos; y para vengarse, la señora Robert escribió á su rival cartas abominables. Desde hacia algun tiempo el Conde Muffat parecia preocupado.

Una mañana, muy conmovido, puso bajo los ojos de Nana una carta anónima, en la cual, desde las primeras líneas, leyó que se la acusaba de engañar al Conde con Vandeubres y los hermanos Hugon.

—¡Es falso! ¡Es falso!—gritó enérgicamente con un acento de franqueza extraordinaria.

—¿Lo juras?—preguntó Muffat ya aliviado.

—¡Oh, sobre lo que tú quieras!.... ¡Mira, sobre la cabeza de mi hijo!

Pero la carta era larga.

En seguida se contaban allí sus relaciones con Satin en términos de una crudeza innoble.

Cuando hubo concluido, Nana sonrió.

—Ahora ya sé de dónde viene esto—dijo simplemente.

Y como Muffat queria otra negativa, repuso con tranquilidad:

—Esto, lobo mio, es una cosa aparte.... Nada tienes que ver en ello.

Nana no negaba. Hubo palabras de indignacion.

Entónces se encogió de hombros. ¿De dónde salía?

Esto se hacia en todas partes, y nombró á sus amigas, jurando que era cosa corriente entre las damas del gran mundo.

En fin, segun se explicaba, no habia nada más comun ni más natural.

Lo que no era cierto, no era cierto; así, poco ántes, ya habia visto cómo se indignaba respecto á lo de Vandeubres y los hijos Hugon.

¡Ah! Si esto fuera cierto, podría con mucha razon estrangularla.

Pero ¿á qué mentir sobre una cosa sin consecuencias?

Y repetía su frase:

—¿Qué puede importarte eso, veamos?

Despues, continuando la escena, cortó de pronto el diálogo con voz dura:

—Por lo demas, querido, si esto no te conviene, es muy sencillo.... Las puertas están abiertas.... ¡Ahí tienes! hay que tomarme como soy.

Él bajó la cabeza.

En el fondo estaba muy satisfecho de los juramentos de la joven.

Esta, viendo su omnimoda influencia, no se recataba ya.

Y desde entonces Satin fué instalada en la casa abiertamente ya, bajo el mismo pié que los señores.

Vandeubres no habia tenido necesidad de cartas anónimas para comprender, y bromeando, tenia con Satin pendencias celosas, mientras que Felipe y Jorge la trataban como camarada, con apretones de mano y familiaridades íntimas.

Una noche que, abandonada por su amiga, habia ido á comer á la calle de los Mártires, Nana tuvo una aventura.

Estando sola á la mesa, habia aparecido Daguinet; bien que hubiese modificado sus costumbrs, iba allí algunas veces arrastrado por una necesidad de vicio y esperando no ser reconocido en estos negros rincones de las indignidades de París.

Así, la presencia de Nana pareció turbarle desde luego.

Pero no era él hombre que se batiera en retirada.

Se aproximó con una sonrisa.

El joven preguntó si la señora tenia á bien permitirle comer á su mesa.

Y al verle bromear, Nana tomó su aire solemne y frio, y respondiéndole secamente:

—Colocaos donde os plazca, caballero. Estamos en un sitio público.

Iniciada en este tono, la conversacion fué poco agradable. Pero á los postres, Nana, aburrida, ardiendo en deseos de saborear su triunfo, apoyó los codos sobre la mesa; despues, volviendo á tutearle:

—¿Y qué tal tu matrimonio, querido? Parece que eso marcha.

—No muy bien—confesó Daguinet.

Efectivamente, en el momento en que iba á arriesgar su peticion en casa de los Muffat, habia encontrado tal frialdad en el Conde, que se abstuvo prudentemente. Le parecia un negocio fallido.

Nana le miraba fijamente con sus ojos penetrantes, la barba en la mano, y un pliegue irónico en los labios.

—¡Ah, yo soy una mala mujer!—repuso con lentitud.—¡Ah! Será preciso arrancar al futuro suegro de mis garras.... ¡Y bien! ¡A la verdad, para ser un muchacho listo, estuviste bonitamente tonto! ¡Cómo! ¡vas con esos cuentos á un hombre que me adora y que me lo repite todo!..... Escucha, sí: te casarás si yo quiero, pequeño.

Desde hacia un instante Daguinet lo comprendió muy bien; todo un proyecto de sumision habia cruzado por él repentinamente como única esperanza.

Sin embargo, continuaba en tono de broma, sin querer tratar el asunto por lo serio, y, despues de haberse puesto los guantes, le pidió con las formas estrictas la mano de la señorita Estela de Benville.

Nana concluyó por reir. ¡Oh, este Mimi! No habia medio de guardarle rencor.

Los grandes éxitos de Daguinet cerca de estas damas eran debidos á la dulzura de su voz; voz de una pureza y de una suavidad musicales, que le habia valido el apodo, entre las muchachas, de Boca de Terciopelo. Todas se dejaban vencer por la caricia sonora con que las envolvía.

Daguinet, teniendo conciencia de esta fuerza, la adormeció en un arrullo sin fin de palabras, contándole historias estúpidas.

Cuando abandonaron la mesa, Nana estaba toda encendida, vibrante en su brazo, reconquistada. Como hacia muy buen tiempo, despdió su coche, y él acompañóla á pié hasta su casa, subiendo despues, como era natural. Dos horas más tarde, la joven decia:

—Vamos, Mimi, ¿con que, te conviene este matrimonio?

—¡Diablo! Es lo mejor que podia sucederme.... Ya sabes que no tengo la bolsa muy repleta.

Nana le llamó para que le abrochára sus botas. Y despues de un rato de silencio:

—¡Dios mio! Yo no quiero más que tu bien.... Pero está seca como una horquilla esa muchacha. En fin, puesto que te conviene.... ¡Oh! yo soy muy complaciente, voy á precipitar ese asunto.

Despues, echándose á reir, con la garganta áun desnuda:

—Pero, ¿qué es lo que me vas á dar?

Daguenet la habia cogido, besándola en los hombros, en un arrebato de agradecimiento. Ella retozaba muy alegre, resistiéndose y echándose hácia atras.

—¡Ah! ya, sí—gritó, excitada por este juego.—Escucha lo que quiero por mi comision.... El día de tu matrimonio me traerás el estreno de tu inocencia.... ántes que á tu mujer, ¿oyes?

—Eso es, eso es—dijo él riendo más fuerte todavía.

Este contrato les divirtió. Encontraban la historia muy graciosa.

Al día siguiente habia una comida en casa de Nana; era la comida habitual de los juéves: Muffat, Vandebres, los hermanos Hugon y Satin.

El Conde llegó muy temprano. Tenía necesidad de ochenta mil francos para librar á la jóven de dos ó tres acreedores y darle un aderezo de zafiros que le hacia morir de envidia.

Como empezaba ya á atacar fuertemente su fortuna, buscaba un prestatista, no atreviéndose aún á vender ninguna de sus propiedades. Por los consejos de Nana misma, se habia dirigido á Labordette; pero éste, encontrando el asunto demasiado pesado, quiso encargárselo al peluquero Francisco, quien con mucho gusto solia ocuparse en los negocios de sus clientes.

El Conde se puso en las manos de estos caballeros, con un deseo formal de no aparecer en nada; ambos se comprometian á guardar el pagaré de cien mil francos que Muffat firmaria, y se excusaban de estos veinte mil francos de interes declamando contra los malditos usureros, á quienes tuvieron que apelar, segun decian.

Cuando Muffat se hizo anunciar, Francisco concluia el peinado de Nana, y Labordette se encontraba tambien en el gabinete, con su familiaridad de amigo nada peligroso. Al ver al Conde puso discretamente un gran paquete de billetes de Banco entre los polvos y las pomadas, y el pagaré fué firmado sobre el mármol del mostrador.

Nana queria retener á Labordette para que comiese con

ella, pero él rehusó; tenia que acompañar por París á un rico extranjero.

Sin embargo, habiéndole tomado aparte Muffat para suplicarle que corriera á casa de Becker el joyista y trajese el aderezo de zafiros con el que queria dar una sorpresa aquella noche misma á la jóven, Labordette se encargó con mucho gusto de la comision.

Media hora más tarde Julian remitia el estuche al Conde misteriosamente.

Durante la comida Nana estuvo nerviosa. La vista de los ochenta mil francos la habia agitado. ¡Decir que todo este dinero iba á pasar á los proveedores! Esto le disgustaba. Desde el primer plato, en este comedor soberbio, encendido por el reflejo de la vajilla de plata y de las copas de cristal finísimo, se entregó al sentimentalismo, celebrando las felicidades de la pobreza.

Los hombres vestian frac, ella misma llevaba una bata de raso blanco bordado, miéntras que Satin, más modesta, de seda negra, tenia simplemente en el cuello un corazon de oro, regalo de su buena amiga. Y detras de los convidados, Julian y Francisco servian, ayudados por Zoé, los tres con mucha dignidad.

—A buen seguro que yo me divertiria más si no tuviese un cuarto, repetia Nana.

La jóven habia colocado á Muffat á su derecha y á Vandebres á su izquierda; pero apenas los miraba, ocupada sólo con Satin, que se destacaba enfrente de ella, entre Felipe y Jorge.

—¿No es así, gata mia?—decia á cada frase.—Mucho nos hemos reido en aquella época, cuando íbamos á la pension de la madre Josse, calle Polonceau.

Se servia el asado. Las dos mujeres se lanzaron al mar de sus recuerdos. Eran como crisis de charlatanería, sintiendo como una brusca necesidad de remover el lodo de su juventud, y precisamente lo hacian siempre que habia allí hombres, cual si cediesen á una rabia de imponerles el estercolero en que habian crecido. Los caballeros palidecian, con miradas avergonzadas. Los hermanos Hugon trataban de reir, mién-

tras que Vandeubres rizaba nerviosamente su barba y Muffat redoblaba su gravedad.

—¿No te acuerdas de Vieter?—dijo Nana.—¡Un niño tan vicioso, que llevaba á las chiquillas á las bodegas!

—Perfectamente—respondió Satin.—Me acuerdo tambien del gran patio de tu casa. Había allí una portera con una escoba.....

—La madre Bocdi; ha muerto.

—Y me parece ver aún vuestra tienda..... Tu madre era muy gruesa..... Una noche que estábamos allí, recuerdo que tu padre llegó borracho, pero muy borracho.....

En este momento Vandeubres intentó una desviación, arrojándose en medio de los recuerdos de las damas.

—Oid, queridas, tomaria con mucho gusto unas trufas..... Son exquisitas..... Ayer las comí en casa del Duque de Corbrense, que no valian la mitad de éstas.

—¡Julian, las trufas!—dijo rudamente Nana.

Despues, volviendo á la conversacion:

—¡Ah! papá era poco razonable..... ¡De modo que la caída fué terrible! ¡Si hubiese visto dónde paramos, qué hundimiento tan espantoso!..... Yo puedo decir que he soportado todas las vergüenzas, y es un milagro que no haya dejado mi piel, como papá y mamá.

Esta vez Muffat, que jugaba con un cuchillo, enervado, se permitió intervenir.

—Pues no es muy alegre eso que contais.

—¿Eh? ¿qué? ¿que no es alegre?—gritó Nana con una mirada fulminante.—¡Ya lo creo que no es alegre!..... Tenian que darnos pan, querido mio..... ¡Oh! yo..... yo soy una buena muchacha, yo digo las cosas como son. Mamá era lavandera, papá se emborrachaba y ha muerto. ¡Ahí teneis! Si esto no os conviene..... si os avergonzais de mi familia.....

Todos protestaron. ¿A qué venia esto? Se respetaba á su familia. Pero ella continuaba:

—Si os avergonzais de mi familia..... ¡y bien! dejadme, porque yo no soy una de esas mujeres que reniegan de su padre y de su madre..... Hay que tomarme con ellos, ¿entendeis?

Todos lo aceptaban: aceptaban al papá, á la mamá, el pasado, lo que ella quisiera.

Con los ojos bajos, los cuatro se hacian ahora los chiquitos, miéntras que Nana los tenia bajo sus viejos zapatos sucios de la calle de la Soutte-d'Or, con la cólera de su omnipotencia. Y no se calló todavía; bien pudieran darle fortunas, construirle palacios: ella echaria siempre de ménos la época en que comia patatas. ¡Una farsa el estúpido dinero! ¡Había sido hecho para tenderos!

Despues su acceso terminó con un deseo sentimental de vida sencilla, el corazon en la mano, en medio de una bondad universal. Pero en este momento echó de ver á Julian, que esperaba con los brazos colgando.

—¡Y bien! ¿qué? servid el champagne—le dijo.—¿Qué mirais de ese modo, como un ganso?

Durante la escena los criados no habian sonreido ni una vez.

Parecian no escuchar, más majestuosos á medida que la señora se abandonaba á aquellas confidencias.

Julian, sin tropezar, se puso á vertér el champagne. Por desgracia, Francisco, que presentaba las frutas, inclinó demasiado el frutero, y las manzanas, las peras, las uvas, rodaron sobre la mesa.

—¡Animal!—gritó Nana.

El criado cometió la injusticia de disculparse diciendo que las frutas no estaban colocadas sólidamente. Zoé las habia trastornado, cogiendo algunas naranjas.

—Entónces—dijo Nana—Zoé es una bestia.

—Pero, señora.....—murmuró la doncella, ofendida.

De pronto la señora se levantó, y con voz breve, con un ademán de régia autoridad:

—¡Basta!..... ¡Salid todos!..... No os necesitamos para nada.

Este golpe de energía la calmó. Inmediatamente se mostró muy dulce, muy amable.

Los postres fueron deliciosos: todos los caballeros se divertian con servirse á sí mismos. Pero Satin, que habia mondado una pera, vino á comerla detrás de su querida, apoyada en sus hombros, diciéndole cosas al oido que la hacian reir fuertemente; despues quiso partir con Nana su último pedazo,

ofreciéndoselo entre los dientes, y las dos se mordían los labios, acabando la fruta con un beso.

Entonces hubo una protesta cómica por parte de los señores: Felipe les gritó que no tuvieran reparo. Vandeubres preguntaba si era necesario salir. Jorge había ido á coger á Satin por la cintura y la había llevado á su asiento.

—¡Qué tontos sois! —dijo Nana.— Estais ruborizando á esta pobre niña.... Anda, hija mía, déjalos burlarse. Estos son asuntos nuestros.

Y volviéndose hácia Muffat, que miraba con aire serio:

—¿No es así, amigo mío?

—Sí, ciertamente—murmuró él, aprobando con un lento signo de cabeza.

Ya no hubo ninguna protesta.

En medio de estos caballeros, de estos grandes nombres, de esta antigua honradez, las dos muchachas, una enfrente de otra, cambiaban una mirada tierna, imponiéndose y reinando con el tranquilo abuso de su sexo y su desprecio manifiesto del hombre.

Ellos aplaudieron. Se subió á tomar el café al saloncillo.

Dos lámparas alumbraban con suave fulgor las colgaduras rosadas, las múltiples chucherías preciosas de laca y oro.

A estas horas de la noche, en medio de los cofrecitos, de los bronceos, de las porcelanas, había una discreta combinación de luces iluminando las incrustaciones de plata ó de marfil, destacando el dorado de una moldura esculpida, ondulando en los cojines con un reflejo de seda.

El fuego de la tarde se extinguía en brasas; hacía mucho calor, un calor lleno de languidez, bajo los portières y las cortinas.

Y en esta estancia impregnada de la vida íntima de Nana, en donde rodaban sus guantes, una pluma caída, un libro abierto, se la encontraba medio desnuda, con su olor de violeta, en desorden amable, de un efecto encantador entre tantas riquezas; mientras que los sillones, largos como cedros, y los canapés, profundos como alcobas, invitaban á voluptuosas sofocencias, á ternuras rientes, cuchicheadas en las sombras de los rincones.

Satin fué á tenderse cerca de la chimenea, en el fondo de un canapé.

Había encendido un cigarrillo; pero Vandeubres se divertía provocando una escena atroz de celos, amenazándola con enviarle sus testigos si continuaba apartando á Nana de sus deberes.

Felipe y Jorge se ponían de su parte, la daban broma, la pellizcaban tan fuerte, que acabó por gritar:

—¡Querida! ¡querida! Oblígalos á estar tranquilos. Todavía están encima de mí.

—Veamos, dejadla—dijo Nana seriamente.— No quiero que la atormentéis.... Y tú, gata mía, ¿por qué te metes siempre entre ellos, sabiendo que son tan poco razonables?

Satin, toda encendida, sacando la lengua, se marchó al tocador, cuya gran puerta abierta dejaba ver la palidez de los mármoles, alumbrado por la blanquecina luz de un globo sin pulir, en que ardía una llama de gas.

Entonces Nana habló con los cuatro hombres como señora de casa, llena de encanto.

Acababa de leer una novela que hacía gran ruido, la historia de una cortesana, y se ponía furiosa, diciendo que todo esto era falso, expresando además una repugnancia llena de indignación contra esta literatura inmunda, cuya pretensión era sorprender la naturaleza. ¡Como si se pudiera mostrar todo! ¡Como si una novela no debiese ser escrita para pasar una hora agradable!

En asunto de libros y de dramas Nana tenía opiniones muy firmes: quería obras tiernas y nobles, cosas que la hicieran soñar y que engrandecieran su alma.

Después, habiendo caído la conversación sobre las inquietudes que agitaban á París, artículos incendiarios, principios de motín á consecuencia de llamamientos á las armas, lanzados cada noche en las reuniones públicas, se puso furiosa contra los republicanos.

¿Qué querían, pues, aquellos hombres sucios que no se lavaban jamas? ¿Acaso no eran dichosos? ¿Acaso el Emperador no lo había hecho todo por el pueblo? ¡Bonita porquería el pueblo!

Ella le conocía, podía hablar; y olvidando los respetos que acababa de exigir á la mesa para su sociedad de la calle de la Soutte d'Or, maltrataba á los suyos duramente.

Aquella tarde precisamente habia leído en *El Figaro* la reseña de una reunion pública, del género cómico, que la hacia reír aún á causa de las palabras dichas por un borracho que se habia hecho expulsar.

— ¡Oh! ¡Estos borrachos!—dijo con gran repugnancia.— No, ya veis, sería una gran desgracia para todo el mundo su república..... ¡ Ah, que Dios nos conserve el Emperador el más largo tiempo posible!

— Dios os oirá, querida—respondió gravemente Muffat.— Perded cuidado; el Emperador está sólido.

Le encantaba mucho ver estos buenos sentimientos.

Muffat y ella se entendían en política.

Vandeubres y el capitán Hugon tampoco cesaron en sus diatribas contra los demócratas, charlatanes que echaban á correr en cuanto veían una bayoneta.

Jorge estaba pálido, con aire sombrío.

— ¿Qué es lo que tiene este bebé?—preguntó Nana observando su malestar.

— ¿Yo? nada; escucho—murmuró.

Pero Jorge sufría.

Al levantarse de la mesa habia oído á Felipe bromear con la jóven; y ahora no era él, era Felipe quien se encontraba cerca de ella.

Todo su pecho parecia hincharse y estallar, sin saber por qué.

No podía soportar que estuvieran uno al lado de otro, y le oprimían la garganta tan infames ideas, que experimentaba una gran vergüenza en su angustia.

Él, que reía de Satin, que habia aceptado á Steiner, despues á Muffat, despues á todos los otros, se sublevaba, veía los objetos de color de sangre á la idea de que Felipe pudiese un dia tocar á esta mujer.

— Toma, coge á Dijon—dijo ella para conolarle, pasándole el perrillo dormido sobre sus rodillas.

Y Jorge se puso muy alegre teniendo algo de ella; aquel animalejo, que estaba aún caliente de su contacto.

La conversacion habia recaído sobre una pérdida considerable experimentada por Vandeubres la vispera en el Círculo Imperial.

Muffat no era jugador, y se extrañaba. Pero Vandeubres, sonriendo, hizo una alusion á su ruina próxima, de que Paris hablaba ya; poco importaba el género de muerte; la cuestion era morir bien.

Desde hacia algun tiempo Nana le veía nervioso, con un pliegue especial en la boca y vacilantes fulgores en sus ojos claros. Conservaba su altivez aristocrática, la fina elegancia de su raza empobrecida, y aún los desfallecimientos observados por Nana no eran más que vértigos momentáneos que pasaban bajo aquel cráneo, vaciado por el juego y las mujeres.

Una noche, acostado cerca de ella, le habia espantado contándole una historia atroz: soñaba con encerrarse en su caballería y hacerse quemar con sus caballos cuando lo hubiera comido todo.

Su única esperanza en este momento se cifraba en un caballo, *Lusignan*, que preparaba para el premio de Paris.

Vivia sobre este caballo, que sostenía su vacilante crédito.

A cada exigencia de Nana la remitía siempre al mes de Junio, si *Lusignan* ganaba.

— ¡Bah!—dijo ella bromeando.— Bien puede perder, puesto que va á limpiarlos á todos en las carreras.

Él se limitó á responder con una fina sonrisa misteriosa. Despues ligeramente:

— A propósito, me he permitido dar vuestro nombre á mi yegua..... Nana, Nana, esto suena bien. ¿No os incomodais?

— Incomodarme, ¿por qué?—dijo ella, muy contenta en el fondo.

La conversacion continuaba; se habló de una próxima ejecucion capital, á que la jóven ardía en deseos de ir, cuando Satin apareció á la puerta del tocador, llamándola con un tono de ruego.

Nana se levantó al mismo tiempo, y dejó á estos señores muellemente extendidos, acabando su cigarro, discutiendo una grave cuestion: la parte de responsabilidad de un homicidio alcanzado por alcoholismo crónico.